

defraudada de sus más lícitos goces. Dijérase que los mismos ruidos de Madrid se apagan cuando llueve: esta ciudad sonora y bulliciosa se pone sordina; los coches ruedan sobre el barro como sobre fieltro; los pregones son menos insistentes; los vendedores ambulantes que obstruían las aceras se retiran por no calarse como sopas; los golfos importunos se meten sin duda en aquellos agujeros de la tierra donde las hormigas se sumen sin que las podamos perseguir; y para decirlo de una vez, desaparece de la vida madrileña ese formidable elemento: ¡la calle! La calle, en las ciudades en que hace sol, lo es todo; y en ella se permanece, en ella puede decirse que se habita; pero en esas ciudades del Norte envueltas en brumas, encharcadas por el chubasco ó ateridas por la nieve, la calle no es más que lo que debe ser: un sitio de tránsito, por el cual hay que pasar forzosamente, si hemos de ir adonde es indispensable que vayamos. Madrid, este mes, se ha quedado sin calle.

Y la vida de los espectáculos y los salones es más intensa. El público llena los teatros—especialmente el Real—como no he observado otros años que los llenase. Las noches que canta Anselmi, difícilmente se verá una localidad vacía.

Este tenor ha venido á demostrar una vez más que no se consiguen los triunfos del arte lírico solamente con la voz. Aquí hemos celebrado á algunos divos que se limitaban á cantar. Anselmi, y también Titta Rufo, hacen de cada papel una creación dramática y artística. Es imposible encarnar mejor el espíritu de personajes como Rigoletto, Hamlet, Mario Cavaradossi, Werther, Des Grieux, el duque de Mantua. El canto, mírese como se mire, y por más primores que haya derrochado en él un compositor genial, será siempre la expresión de un alma, será siempre psicología, y si no, ¿qué es? Anselmi lo ha comprendido así, y en cada nota señala y acentúa la intención del personaje, el estado de ánimo que en aquel momento debe revelarse por medio de la belleza de la música. No es posible dar al acento del desalmado y frívolo duque de Mantua igual inflexión que al de Werther cuando, en el paroxismo de su exaltada sensibilidad pasional, lee una poesía en presencia de Carlota. Y la voz de Anselmi, al emitir ciertas delicadas notas que timbra el sentimiento, lleva envueltas lágrimas, acarrea gemidos. No es extraño que al solo anuncio de que Anselmi canta, se llene el coliseo, y que los cuchicheos de los palcos, esos cuchicheos impertinentes que no permiten escuchar, cesen como por encanto cuando el tenor favorito ataca la romanza ó la cancioncilla. Establéciese entonces un silencio que permite oír el vuelo de una mosca, y recogidos, anhelantes, los espectadores no quieren perder la más leve modulación de esa voz que yo no comparo á la de Gayarre, pero que de seguro está mejor manejada que la del insigne roncalés. ¡Oh! Si Gayarre hubiese vivido lo bastante para aprender á sacar todo el partido de su extraordinaria garganta, ¡quién podría competir con él! ¡Qué cantidad de millones reuniría al término de su carrera!

Produce terror pensar que el capital de los tenores, la finca de la laringe, esta expuesta á tantas y tan fáciles quiebras; que, más amenazadora que la langosta y la filoxera, se ciernen sobre esa viña y esa heredad las ronqueras y las afonías. La menor alteración en el órgano basta para cambiar la voz de un ángel en un desapacible sonido ó en temporal mudéz. Yo tengo una voz excelente para la oratoria, una voz que se hace oír en el recinto más amplio y con las más detestables condiciones acústicas; y apenas me acatarro, esta voz bien timbrada y clara se transforma, quedando por mucho tiempo como rota, resquebrajada y tan diferente de sí misma, que no hay modo de reconocerla. Esto, que para mí no pasa de pequeña molestia, ¡cuán terrible será para un divo ó diva! Porque su gloria, su fortuna, todo lo que en la tierra le importa, están vinculados á la nitidez de su metal de voz, á su facultad de herir el aire hermosamente...

Fuí antaño muy amiga de una señora, la marquesa de San Miguel das Penas, conocida en sus brillantes tiempos por Encarnación Camarasa, la cual poseía una voz maravillosa, dulce, sonora, y cantaba con la mayor afinación. Claro es que no se dejaba oír sino en los salones; pero con ella se vanagloriaban de hacer el dúo tenores de fama europea, lamentando que aquella artista no necesitase vivir de su canto, porque cosecharía, en los escenarios del mundo, oro y laureles. Una mañana, la señora se levantó sin notar la menor alteración en su salud; se acercó al piano según costumbre para ensayar algunos gorgoritos... y advirtió, con ese terror frío que nos aumenta al comprobar á solas una desgracia, que la voz había desaparecido por completo. Como si se la hubiese roba-

do un maligno encantador; como si fuese un objeto que se substraía y se ocultaba y no vuelve á encontrarse jamás. Consultas á médicos; remedios ensayados, planes, régimen, nada sirvió. La divina voz, que allí estaba la víspera, que la noche anterior había congregado bajo las ventanas de la Camarasa á la gente de su barrio, siempre ansiosa de oír aquellos gorjeos seductores, no existía. No era que hubiese disminuído, que se hubiese alterado; era la absoluta supresión. ¿Se comprende la impresión de un artista lírico que vive de su profesión, y que amanece así, sin rastro de lo que estimaba más que la vida?

Hay una melancolía profunda en lo que desaparece, en lo que se va, en lo que, al menos entonces, ni aun se archivaba por medio del fonógrafo. Del escultor, del pintor, del poeta, queda la esencia en la obra; del cantante, apenas queda el eco del nombre; y digo *apenas*, porque el olvido es para ellos inminente. ¿Quién se acuerda ya hoy de la Penco, de la Grisi; quién se acordará de la Patti, cuatro días después de su muerte? ¿No está ya arrinconada? La carrera lírica es breve, esplendorosa en el corto tiempo que dura, productiva como acaso ninguna otra..., pero en el acto de apagarse las luces y bajarse el telón se verifica una especie de representación simbólica del destino del artista.

Menos mal cuando, merced á una sabia economía, pueden, como la Patti, retirarse en sus últimos años á castillos fastuosos, á viviendas casi regias, ó cuando, por el azar de haber despertado una inclinación honrada, se acogen, como la Pacini y la Barrientos, al hogar. Lo realmente doloroso es el caso de los cantantes cigarras, que se consagran á emitir dulces sonos el verano entero y así que el invierno llega, se ven obligados á recurrir á dar lecciones ó á desempeñar plazas en Conservatorios... Aquella mujer que pasa, cubierta con un abrigo de indefinibles tonos grises, tocando su cabeza un sombrero pasado de moda, arrastró por la escena los armines ducales de Lucrecia Borgia, manejó el chal refulgente de la Gioconda, electrizó á los espectadores con el atavío semi bárbaro de Dalila; aquel individuo que activa su andar para ahorrarse el gasto de un coche, arrebató á la multitud bajo la malla de plata del Caballero del Cisne, y en los entre actos recibió perfumadas esquilas, dentro de las cuales una flor se marchitaba... Y ahora van á subir á terceros pisos, para enseñar el solfeo á niñas anémicas, que aporrear el piano ó martirizan la canción lánguida y cursi de Tosti... En su cabeza resuena aún el murmulio de los vastos teatros llenos; las reminiscencias de los aplausos todavía levantan en su corazón torbellinos de gozo... Y todo ha pasado, para no volver nunca. *Sic transit...*

Confieso que, así como la mayor parte de los crimenes me dan asco, hay robos que me entretienen, por la suma habilidad que revelan. Quizás en ningún país del mundo se robe con tanto arte como en Madrid. ¿Recuerdan los lectores aquel saqueo de una joyería, hecho por la alcañtarilla, en la calle del Carmen, y en el cual se diría que los ladrones se evaporaron, como si un mago los hiciese invisibles con su varilla? Otro joyero acaba de ser víctima de las tretas de los tomadores de lo ajeno—pero lo curioso del caso está en que el joyero había adoptado toda especie de precauciones, estaba escamadisimo, no se descuidó ni un instante,—y sin embargo, el brillante de trece quilates y el ladrón se fueron juntos, en un vuelo, sin que bastasen para impedirlo prudentes medidas y exageradas vigilancias. Las trazas y mañas picarescas vencieron á la cuidadosa prevención.

En vano el joyero encargó á sus dos dependientes, al uno que no soltase la sortija sin recibir el dinero; al otro, que se apostase en la puerta para seguir al comprador si le veía salir antes de pagar. En una vuelta de escamoteo, el diestro ladrón supo guardar-se la sortija buena y poner en su lugar un vidrio; y para mayor ironía, claveteó la caja y dejó al misero dependiente con ella en la mano, fuertemente asida, esperando, esperando lace y dinero, mientras el burlador se escapaba tranquilamente por la puerta. Allí le atistaba otro dependiente para seguirle y saber adónde iba. Y le siguió hasta un café, y en él le dejó y se fué á avisar á su amo... ¡Como si de un café no se marchasen los parroquianos cuando se les antoja! El burlado joyero, á estas horas, ni sabe del brillante ni del bergante... Todo se hizo como en una novela de Conan Doyle; con la destreza prodigiosa de los ociosos que desarrollan el mayor ingenio para vivir sin trabajar...

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Una inglesa neta, la mujer del célebre cabecilla carlista D. Ramón Cabrera, me respondió, al preguntarla cómo no venía al continente alguna vez: «En el continente llueve poco. Yo me seco en el continente.»

Muy á menudo evoco esta frase típica, ahora que en Madrid llueve tanto como puede llover en el Norte.

Sin duda alguna nos gusta á todos, teóricamente, el cielo azul, el aire ligero, el piso enjuto y el sol dorado y radiante; pero el clima de Madrid, cuando no llovía nada, era cruel para los bronquios. No se hacía más que toser roncamente y sentir en la garganta insufrible opresión. Las pulmonías acechaban detrás de cada esquina. El reuma se apoderaba de los huesos. (Yo supongo al lector lo bastante ilustrado para saber que el reuma molesta mucho menos en los países de humedad, y que no es lo mismo *un local húmedo* que un *país húmedo*.)

Los cantantes, apenas llegaban á Madrid, sufrían las consecuencias de esta inclemente desazón del aire, y ó se quedaban afónicos, ó sentían eso que se llama el orgasmo, y que tantos disgustos, rabiets y decepciones ha causado aquí á divas y divos. Este año, según parece, cada cantante tiene su voz de costumbre; no hay necesidad de andar haciendo cambios en el cartel, porque el barítono padece catarro nasofaríngeo ó la contralto ha pescado una bronquitis capilar. Todavía no hemos olvidado aquel terrible invierno seco que nos costó la vida de Gayarre, herido por la temperatura como por un puñal de vidrio. Y al ver caer monótona la lluvia; al ver las vías encharcadas y fangosas, las suelas del calzado impregnadas de esa sutil papilla que alfombra la acera—al creernos, en suma, en la zona de España donde une al cielo con la tierra una red de hilos de agua y lo entoldan negras nubes,—nos regocijamos, como el que vuelve á encontrarse en su casa después de largo viaje por tierras en que el clima era mortal enemigo nuestro...

Sí: la humedad es necesaria para la normalidad de la respiración. Convénzanse de ello los que echan de menos, en Madrid y en esta temporada, el libre callejeo de otras épocas, aquel salir á tomar el sol, oficialmente. Acaso también la lluvia contribuirá á apretar los lazos del hogar, á retener en casa, forzosamente, á los incorregibles vagabundos de la villa y corte. Salir á mojarse no es lo mismo que salir á calentarse en la estufa de los pobres, á meterse con todo el que pasa, á curiosearlo todo, bajo el abrigo de la capita chula llevada con más ó menos garbo... Y esta población flotante, espuma de Madrid, que lo invade, confluendo, como atraída por mágico imán, á la Puerta del Sol echa de menos el buen tiempo, como el pez su natural elemento líquido, y se cree